

Encuentros transformadores
con el Verbo hecho carne

DIOS EN SANDALIAS

CHRISTOPHER SHAW
DEL AUTOR DE ALZA TUS OJOS

DIOS

EN SANDALIAS

Encuentros transformadores
con el Verbo hecho carne

CHRISTOPHER SHAW



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Dios en sandalias: Encuentros transformadores con el Verbo hecho carne

© 2014 por Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en 2008 por Desarrollo Cristiano Internacional, con ISBN 978-9-968881-17-3.

Fotografía de la portada © por Pete Will/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © por Desarrollo Cristiano Internacional. Todos los derechos reservados.

Diseño: Alberto C. Navata Jr.

Edición del español: Desarrollo Cristiano Internacional

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con RVR95 ha sido tomado de la versión Reina-Valera 1995. *Reina-Valera 95*® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Usado con permiso.

ISBN 978-1-4143-9971-3

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

20 19 18 17 16 15 14
7 6 5 4 3 2 1

¡No lea este libro!

Las imágenes hablan por sí mismas. En tres ocasiones, en la historia del pueblo de Dios, el Señor ordenó a sus mensajeros (Jeremías, Ezequiel y Juan) que, literalmente, comieran el texto que contenía sus palabras. El apóstol relata, de aquella experiencia: «tomé el librito de la mano del ángel y lo devoré, y fue en mi boca dulce como la miel; y cuando lo comí, me amargó las entrañas» (Apocalipsis 10.10). Al igual que sus antecesores, el mensaje de Dios se fundió con su persona, de manera que experimentó, en lo más íntimo de sus entrañas, el impacto y peso de lo que el Señor quería compartir con su pueblo. El proceso nos ofrece la más clara evidencia que las Escrituras, por sus orígenes, son como ningún otro texto sobre la faz de la tierra. Acercarnos a ellas es una experiencia que no puede ser alcanzada por el mero ejercicio de captar, con los ojos, las frases impresas sobre sus páginas.

Para experimentar todo lo que nos ofrece la Palabra, sin embargo, debemos entender la forma en que la presente cultura ha afectado nuestros hábitos de lectura. Como nunca antes, nos encontramos expuestos a alarmantes niveles de saturación informática. A la descomunal fuente de información que ofrece Internet se le suma, gracias a los increíbles avances de la tecnología, el acceso a los contenidos de enciclopedias, libros, revistas, diarios, escritos y otras publicaciones que, en otros tiempos, eran el privilegio propio de bibliotecas y bancos de datos. El problema es que no disponemos de tiempo para leer siquiera el 1% de toda la información con que nos cruzamos cada día. La única manera de sobrevivir es mediante un despiadado proceso de selección a la hora de leer algo. El criterio que utilizamos para este proceso responde al espíritu utilitario de este tiempo, lo que lleva a que automáticamente descartemos todo aquello que no aporte un claro y rápido beneficio para nuestra vida.

Esta forma de leer tiene dramáticas implicaciones a la hora de acercarnos al texto sagrado. Un porcentaje elevado del pueblo de Dios ha abandonado por completo la lectura de las Escrituras, porque ya no tienen tiempo para perder en una actividad con tan pocos beneficios aparentes. Otros aún conservamos el hábito de la lectura, pero, sin darnos cuenta, nos acercamos a la Palabra con el mismo espíritu pragmático que la cultura nos ha impuesto. Exigimos que la Biblia nos entregue, sin rodeos, la «fórmula» para resolver el problema o desafío particular que enfrentamos en este momento. Por esto, nuestra lectura se limita a las porciones de las Escrituras que más rápidamente hablan a nuestra necesidad. Testimonio de esto es el hecho de que en muchas Biblias solamente las páginas de los Salmos y algunos libros del Nuevo Testamento muestran señales de haber sido visitados por nosotros.

La lectura de la Palabra de Dios, sin embargo, precisa de un acercamiento enteramente diferente. Ella revela el corazón de nuestro Padre celestial. Cuando nos aproximamos a este texto, debemos deliberadamente descartar el agitado e inquieto espíritu de Marta y asumir la postura de María que tanto agradó al Señor (Lucas 10.39–41). María no indicó a Jesús cuáles eran los temas que debía tocar, ni exigió que su enseñanza se refiriera específicamente a las cargas que ella sobrellevaba. Ni siquiera le impuso la obligación de

hablar. Simplemente se ubicó a sus pies y dispuso su corazón para prestarle atención. La libertad que le otorgó es la que tanto necesitamos a la hora de abrir la Palabra.

Dios en sandalias intenta llevar al lector por este camino. Si usted ha decidido leer este libro con la intención de encontrar algunos principios que le puedan ser útiles para su propia vida, le garantizo que se sentirá desilusionado. Más bien, cada día encontrará que se le extiende una invitación a participar de su propia aventura, al caminar junto a Cristo por los Evangelios. Puedo afirmar, con absoluta certeza, que lo mejor que ofrece este libro no se encuentra en estas páginas, sino en la persona de Jesús. Si permite que estas páginas sean apenas un punto de partida para algo mucho mayor, encontrará que el libro guarda para usted cierta utilidad.

Para facilitar ese proceso *Dios en sandalias* utiliza una misma estructura cada día. El tema y el texto están detallados al inicio de cada página. En la mayoría de los casos este texto será el mismo durante varios días y se le animará a que vuelva, una y otra vez, a meditar en su contenido. La selección de los pasajes sigue el orden cronológico que emplea la armonía de los cuatro Evangelios.* No obstante, el libro no intenta cubrir la totalidad de los eventos que presentan los Evangelios, aunque encontrará que abarca una gran diversidad de sucesos y enseñanzas en la vida de Jesús.

La primera parte del devocional se denomina *encuentro*. Normalmente consiste en algunas preguntas que pueden servir para estimular su propio encuentro con el Señor. Aunque usted no lo crea, esta es la parte más importante del libro, porque es lo que le permitirá a usted sumergirse en una aventura similar a la que yo he disfrutado durante los últimos cuatro años. Por esta razón, le animo a que resista la tentación de saltar las preguntas. Dedique lo mejor de su tiempo a este período de reflexión y descubrirá cómo Dios comienza a revelarse a su corazón.

La segunda parte de la estructura diaria se denomina *aporte*. En este espacio encontrará algunas de las reflexiones que yo he elaborado con respecto al texto del día. No obstante, quisiera insistir en que esta segunda porción es, a mi entender, la que menos valor tiene. El libro realmente cumplirá con uno de sus principales objetivos si usted se propone mantener un registro de las reflexiones que realiza, las cuales eventualmente constituirán su propio aporte al texto. Con este fin quisiera animarle a que preste especial atención a las revelaciones que el Señor comparte con usted, a medida que se sienta a sus pies para escucharle. A la vez, el diálogo que el libro intenta impulsar se presta para que usted pueda, también, invitar a algunas otras personas a que se unan a usted en esta aventura. Los tiempos que establezcan para compartir lo que van descubriendo serán realmente sabrosos.

Otro elemento que le será útil es que en este libro usted no está obligado a seguir las fechas del calendario anual. En los devocionales tradicionales cada reflexión coincide con un día específico del año. Ocasionalmente, por diferentes compromisos y actividades, encontramos que no hemos podido mantener la lectura del libro y debemos saltar varios días para no atrasarnos con la fecha. La propuesta de *Dios en sandalias* es que usted se comprometa a pasar un año caminando con Jesús por los evangelios, pero tiene libertad para elegir cuándo desea comenzar esa aventura. Por la manera en que están identificados los días, no necesita atarse al calendario y puede aprovechar la continuidad del texto, que es una parte esencial de este libro.

Quisiera señalar, para finalizar, que *Dios en sandalias* se resiste tenazmente a entregarle al lector todas las respuestas a las preguntas planteadas. Por eso, encontrará que muchas reflexiones no desembocan en conceptos bien trabajados y conclusiones prolijamente

* *The Book of Jesus. The New Amsterdam Publishing Company. © 1997*

presentadas. Algunos días sentirá que el ejercicio de caminar con él no le dejó nada en concreto; que son más las preguntas y dudas que las respuestas. Le será útil, en estas ocasiones, recordar que usted participa de un proceso que dejará su fruto solamente con el paso del tiempo. En otras ocasiones sentirá que vuelve, una y otra vez, sobre las mismas observaciones. El insaciable apetito por lo nuevo, que es tan parte de esta cultura, le producirá cierto fastidio con estas reiteraciones. Los Evangelios, sin embargo, no contienen una multitud de enseñanzas, sino unas pocas verdades presentadas, una y otra vez, en distintos formatos. Se le recordará, en reiteradas ocasiones, que la sabiduría en el reino no consiste en saber mucho, sino en practicar lo poco que sí conocemos. En otras situaciones usted percibirá elementos en la persona de Jesús que lo desconciertan, confunden o, incluso, indignan. No se alarme por estas sensaciones. Son un claro indicio de que usted ha comenzado a deshacerse de la imagen que tenía del Señor, para experimentar un acercamiento más íntimo y genuino al Hijo de Dios. El descubrir que Jesús es enteramente diferente a lo que imaginaba es un paso esencial para que la relación que usted disfruta con él salga del plano netamente religioso en el que tan fácilmente caemos.

La lectura detenida de los Evangelios ha sido para mí una experiencia profundamente conmovedora. En ocasiones he sentido intensa tristeza por la insospechada distancia que me separa del Señor. En otros momentos, me ha resultado irresistiblemente seductor el asombroso potencial que encierra conocerlo a él. Aún en otros, me ha pasmado la magnífica liberalidad de su amor. En medio de todas esas impresiones me he visto obligado a preguntarme, una y otra vez, ¿por qué esperé tanto tiempo para aceptar la invitación de caminar con él cada día? Aunque aún me quedan muchas preguntas sin respuesta, una convicción se ha instalado en mi corazón: conozco muy poco a Jesús. Por la gracia de Dios, sin embargo, hoy lo conozco mejor de lo que lo conocía hace unos años. Mi esperanza es que usted también, de aquí a un tiempo, pueda dar testimonio de que conoce mejor a Jesús, de lo que lo conocía antes de iniciar esta aventura.

Christopher Shaw

DIOS EN SANDALIAS	
DÍA	1

La oración de Salomón (*Al comenzar*)

¿Qué deseas que haga por ti?

1 Reyes 3.5–15

Si usted no tomó tiempo para leer el prefacio, titulado «¡No lea este libro!», o deliberadamente decidió saltarlo, quisiera animarlo ahora a que vuelva para atrás. En ese segmento del libro encontrará algunas observaciones interesantes sobre la forma en que se armó, incluyendo una lista de sugerencias acerca de la manera en que podrá sacarle el máximo provecho a Dios en sandalias. ¿Por qué no toma un momento para leerlo ahora?

Una vez concluida la lectura del prefacio, lea el texto de este día. ¿Qué cualidades de Dios revela la oferta que le extendió a Salomón en el verso 5? ¿En qué consistía la carga de Salomón? ¿De qué manera afectó a su oración la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros? ¿Cómo respondió el Señor al pedido del rey?

La aparición del Señor a Salomón en Gabaón constituye uno de los momentos preciosos en la historia del pueblo de Dios. La oferta que recibe el rey revela, primeramente, los riesgos que él Señor está dispuesto a asumir en la relación con sus hijos, pues le estaba dando licencia para que escogiera lo que quisiera. Esta libertad es uno de los maravillosos regalos que el Señor le ha hecho al hombre. Asimismo, la respuesta de Salomón, que agradó sobremanera a Dios, nos permite vislumbrar el extraordinario potencial que puede alcanzar una vida que está enteramente centrada en los asuntos del reino. Claramente Salomón podría haber pedido cualquiera de las cosas que el Señor le mencionó posteriormente (larga vida, riquezas, la vida de sus enemigos), pero lo único que pesaba sobre su corazón era agradar a Dios cumpliendo responsablemente la tarea que él le había confiado. Cuando una persona está enteramente absorta en los asuntos de su Señor, todo lo que ofrece el mundo se torna menos que nada.

Quisiera invitarle ahora a que realice un pequeño ejercicio, basado en la historia de Salomón. Imagine por un momento que Dios se le aparece personalmente y le formula la misma pregunta que le hizo a Salomón: «¿Qué quieres que haga por ti?», una pregunta que Jesús también hizo a algunas de las personas con las que se cruzó durante los tres años de su ministerio público. ¿Cómo respondería usted a esta pregunta? No se apresure en la respuesta. Medite por un momento en las implicaciones de esta oferta y los deseos más profundos de su propio corazón. ¿Qué le pediría al Señor? Convierta en oración la respuesta que viene a su mente.

Ahora quisiera invitarle a un paso adicional en este ejercicio. Imagine que este encuentro entre usted y el Señor se produce, pero se invierten los papeles. En lugar de preguntarle el Señor a usted, usted le pregunta a él: «Señor, ¿qué deseas que yo haga por ti?». ¿Cómo cree usted que él respondería? ¿Estaría usted dispuesto a darle lo que él le pide? Tengo la certeza de que según vaya avanzando usted en el desafío de caminar con Jesús por los Evangelios, encontrará la respuesta para algunas de estas preguntas. ¡Que Dios, en su bondad, le dé la valentía de responder apropiadamente a los desafíos que él le presenta!

DIOS EN SANDALIAS	
DÍA	2

En el principio (*Jesús, Dios Eterno*) Más allá del tiempo

Juan 1.1–14

Lea el texto de esta semana, y luego concentre su atención en el verso 1. En su opinión, ¿por qué Juan escogió comenzar su evangelio con este mensaje?

Es bueno y apropiado que nuestra aventura con Jesús inicie en este punto: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (1).

La declaración del apóstol ofrece una réplica del relato de Génesis, cuyos orígenes también se encuentran más allá de la historia particular del planeta que habitamos: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra». Este «principio», al que ambos autores se refieren, escapa a los parámetros que nosotros utilizamos para medir el paso del tiempo, pues está escondido en la misma eternidad.

Juan no pretende entrar en el misterio de esta frase. Simplemente afirma que el Verbo existía desde siempre, porque el Verbo es Dios mismo. Su declaración nos ayuda a asumir, desde el mismo principio, la postura correcta en nuestra relación con el Señor. Él es el origen de todas las cosas, incluso de nuestra propia historia personal. Una y otra vez, a medida que caminemos con él en esta serie, vamos a retornar a esta verdad. Cada escena que presenciaremos nos conducirá, indefectiblemente, a la persona de Dios. El hombre es, y por siempre será, el que responde a la iniciativa divina, un actor secundario en una historia que es mucho más grande y profunda que el relato de nuestro fugaz paso por este planeta.

La declaración del discípulo amado también sirve para enmarcar el peregrinaje terrenal del Mesías en lo eterno. Su presencia en este mundo, limitada a tan pequeño lapso de tiempo como el que representan escasos treinta y tres años de vida, está incluida en un proyecto que nace en el mismo corazón de Dios y que, por esta razón, necesariamente está contenida en la eternidad.

Qué bueno resulta, entonces, comenzar esta aventura en actitud de adoración, maravillados frente al hecho de que se nos ha concedido contacto con el Eterno. Podemos exclamar, junto con Moisés: «Señor Jehová, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu mano poderosa; porque ¿qué dios hay en el cielo o en la tierra que haga obras y proezas como las tuyas?» (Deuteronomio 3.24).

Sostener esta postura a lo largo del año será uno de los factores que más favorecerá nuestra entrada en las profundidades de la persona de Cristo. No nos aproximaremos a él como quienes pretenden analizarlo, explicarlo y desmenuzarlo. Más bien, nos acercaremos para simplemente saborear el irresistible encanto de su persona.

«Señor, tú eres la encarnación de todos nuestros anhelos, la manifestación de nuestros más osados sueños. Al acercarnos a tu persona no hacemos más que responder a tu iniciativa. Venimos con el corazón abierto y la voluntad dispuesta a dejar que tú nos conduzcas a donde tú quieras. Produce en nosotros las experiencias que tú deseas. No te pedimos que nos expliques lo que haces, sino que nos mantengas cerca de ti. Estar contigo, Señor, es todo el bien que anhelamos».

DIOS EN SANDALIAS	
DÍA	3

En el principio (*Jesús, Dios Eterno*) El Verbo de vida

Juan 1.1–14

Juan escogió referirse a Cristo como «el Verbo». Medite acerca del significado de esta palabra. ¿Qué imagen ofrece de la persona del Mesías?

Juan es el único autor del Nuevo Testamento que se refiere a Jesús como el Verbo. Este detalle también nos anima a creer que el relato de Génesis 1 inspiró la introducción de este Evangelio. El mundo, tal como lo conocemos hoy, comienza a existir a partir de la palabra hablada del Creador. Siete veces, en ese primer capítulo, se reitera la frase «dijo Dios», seguida por la afirmación «y fue así». No podemos dejar de percibir el extraordinario poder que contiene la palabra de Dios. Esta misma percepción es la que lleva a Juan a declarar: «todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (3). Es decir, todas las cosas que existen en el universo se originan en el Verbo, y fuera del Verbo nada existe.

Meditemos, por un instante, en el significado de la palabra «verbo» o «*logos*», según el griego. Es por medio de *palabras* que logramos situarnos en el plano de la vida para la cual fuimos creados. Somos seres llamados a la comunión con nuestros semejantes y con el Creador. Las palabras nos ofrecen la oportunidad de darnos a conocer y de que otros nos conozcan, de manera que se rompa la alienación que impone el pecado. Las palabras son el puente por el cual conseguimos acortar la distancia que nos separa unos de otros.

¡Cuánto más poder existe, entonces, en la palabra que procede de la boca de Dios! No es como ninguna otra palabra pronunciada en el universo, pues ella procede de la fuente misma de la vida. Por esto, la vida y su palabra son una y la misma esencia. En cambio, las palabras que pronunciamos nosotros son palabras recibidas de otros. Sus palabras engendran vida porque él mismo «sostiene todas las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1.3).

Esta palabra, entonces, es indispensable, pues la vida misma está contenida en ella. Sin ella los hombres estamos condenados a transitar por este mundo sin destino alguno, llevados y seducidos por todas las palabras que no son más que una pobre imitación de esta palabra. Esta palabra reprende, corrige, limpia, purifica, y orienta, pues «es viva y eficaz y más cortante que cualquier espada de dos filos: penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hebreos 4.12).

En el comienzo de la aventura que propone este libro nos resulta provechoso, entonces, adoptar como nuestra la afirmación de Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan 6.68). Que Dios, en su bondad, nos conceda ir más allá de las palabras que contienen estas páginas para arribar a los pies de la Palabra. ¡En él está la vida que tan desesperadamente anhelamos!

«Señor, crea en mí hambre y sed por la palabra que vivifica.»

DIOS EN SANDALIAS	
DÍA	4

En el principio (*Jesús, Dios Eterno*)

Luz en las tinieblas

Juan 1.1–14

Hoy meditaremos sobre los versículos 4 y 5. Imagine, por un instante, cómo sería la vida si no tuviéramos acceso a la luz. ¿Qué consecuencias traería sobre nosotros esa condición?

Juan prosigue con la analogía que traza con el relato de la creación e introduce ahora el tema de la luz. La narrativa de Génesis declara que «dijo Dios: “Sea la luz.” Y fue la luz. Vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas» (1.3–4, RVR95). Del mismo modo el evangelista declara de Cristo: «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron» (1.4–5).

Debemos tomar en cuenta que en el período en que se escribió este Evangelio la oscuridad constituía una verdadera limitación para la humanidad. Cuando caía el atardecer y se ponía el sol, la gran mayoría de las actividades del día cesaban. Los hombres no poseían aún los medios como para prolongar, con iluminación artificial, las horas hábiles del día, de manera que la noche imponía serios obstáculos para las actividades de la población.

La analogía muestra cuán profunda es la incapacidad del hombre de discernir los caminos que debe escoger para echar mano de la vida. Aun a los que poseen mejor vista, la noche no les permite ver nada con claridad. Todo permanece en penumbras, escondido en un mundo de sombras y siluetas. La necesidad de la luz se intensifica, pues, sin ella, avanzar en el camino resultará extremadamente tortuoso y arriesgado.

El Hijo de Dios, declara Juan, es la luz que tanto necesitan los hombres. Su luz, sin embargo, no poseía la cualidad transitoria de las luces que podían fabricar los hombres, tales como una antorcha, una vela y una lámpara. Estas permanecían el tiempo que duraba el combustible que las mantenía encendidas. Cuando por fin se consumía, las tinieblas volvían a imponer su mano tenebrosa sobre todos. Juan afirma que, a diferencia de estos precarios utensilios, la luz de Cristo es más intensa que las tinieblas, de modo que la oscuridad no puede sojuzgarla. Esta luz, a diferencia de las otras luces, posee vida propia, que le permite conquistar, en forma definitiva, los lugares donde anteriormente las tinieblas han reinado sin restricciones.

Resulta lógico, entonces, afirmar que a mayor cercanía a la persona de Cristo, mayor luz recibiremos sobre la vida a la que hemos sido llamados. El camino para discernir con más nitidez el reino no se encuentra en el disciplinado y minucioso estudio de las Escrituras, aunque este puede ser uno de los medios por los que nos acercamos. La luz que buscamos no la alcanzamos con la mente, sino con el espíritu.

La entrada del Mesías a la tierra es el anticipo a aquel momento en que las tinieblas dejarán de existir por completo, pues llegará el día en que «no habrá más noche» y los que son el pueblo del Cordero «no tendrán necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará, y reinarán por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 22.5).

DIOS EN SANDALIAS	
DÍA	5

En el principio (*Jesús, Dios Eterno*)

Identidad perdida

Juan 1.1–14

La visita de la Luz del mundo a los hombres debería haber sido motivo de profundo regocijo entre las personas. No obstante, Juan revela una reacción muy diferente a la esperada. Lea los versos 7 al 11 de este capítulo. ¿Cuál fue la reacción de los hombres? ¿Qué indica esto acerca de nuestra condición como pecadores? ¿Qué debe suceder para que seamos capaces de ver la luz que brilla en las tinieblas?

La descripción que nos ofrece Juan acerca de la persona de Cristo pareciera dirigirse hacia un desenlace natural: la luz que tanto necesita el mundo se presenta entre ellos e «ilumina a todo hombre» (9). Estos, extasiados porque finalmente han encontrado lo que tanto tiempo han buscado, reciben con gratitud la presencia de la luz y reordenan sus vidas conforme a la visión que ahora poseen. El relato de este Evangelio, sin embargo, da un giro inesperado. «Existía la luz verdadera que, al venir al mundo, alumbró a todo hombre. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de Él, y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (10–11).

La llegada del Mesías representa una oportunidad sin igual en la historia de la humanidad. No se trata de conocer a alguien que puede auxiliarnos a la hora de descifrar los misterios de la vida, sino a uno que nos ofrece la posibilidad de entrar en contacto con Aquél de quien fluye la existencia de todo lo que habita en el universo. Él es la respuesta a todas nuestras preguntas, el objeto de nuestros más profundos anhelos, la razón por la que existimos.

Frente a la extraordinaria posibilidad que esto representa, los textos que acabamos de leer revelan una tragedia de incalculables proporciones. Juan afirma que el mundo no lo reconoció. Se entiende por esto que la desfiguración sufrida por el pecado ha sido tan profunda y absoluta que el pecador ya no reconoce en su Creador ninguna similitud con su propia persona. La distancia que lo separa de Aquél que dio inicio a la vida es tan enorme que ya no guarda ningún registro de lo que alguna vez significó haber sido creado a imagen y semejanza de Dios.

La misma actitud es la que identifica el apóstol Pablo en su carta a la iglesia en Roma: «NO HAY JUSTO, NI AUN UNO; NO HAY QUIEN ENTIENDA, NO HAY QUIEN BUSQUE A DIOS». A pesar de nuestra convicción de ser personas que «buscamos» a Dios, la verdad es que Cristo no es bienvenido entre aquellos que moran en las tinieblas. La relación entre Creador y criaturas ha sufrido un daño irreversible, que solamente podrá ser restaurada por la intervención directa del Señor.

Por esto, no erramos al afirmar que no es por iniciativa propia que nos acercamos a Dios, sino siempre en respuesta a los pasos que Él toma en nuestra dirección. Este principio es importante para el ejercicio de una vida espiritual sana, porque nos ubica en el plano que nos corresponde, el de gente que reacciona frente a la intervención divina. Recordarlo servirá para mantener, en todo momento, una actitud de profunda gratitud por la incomparable gracia de nuestro Señor.

DIOS EN SANDALIAS	
DÍA	6

En el principio (*Jesús, Dios Eterno*)

Obsequio sin igual

Juan 1.1–14

Lea los versos 12 y 13. ¿Qué distingue a este grupo de personas de las mencionadas en los versos anteriores? ¿Qué privilegios se les concede a los que reciben al Señor?

Un pequeño destello de esperanza se asoma sobre el cuadro desalentador que presentaron los versos 10 y 11. En medio de un ambiente de indiferencia, Dios logra tocar la vida de algunos, suficientes como para emprender una aventura, cuyo objetivo es nada menos que la transformación de las naciones.

Podríamos sentirnos tentados a pensar que estos pocos pertenecen a una categoría más noble y comprometida que el resto de la humanidad. Tal noción queda completamente descartada por la explicación que agrega Juan a su declaración: «Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre, que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios» (12–13).

Este es un excelente momento para que nos detengamos a saborear el privilegio que se nos ha otorgado, el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Aunque comprender cabalmente lo que significa ser hijo de Dios puede tomarnos toda una vida, es una condición absolutamente indispensable para experimentar la plenitud a la que hemos sido llamados. Para entender esta verdad no necesitamos más que echar una pequeña mirada al hijo mayor en la parábola del «hijo pródigo». A pesar de que era hijo, vivía como empleado, esperando recibir en algún momento de su vida la recompensa por su fiel servicio. Lo triste es que su esfuerzo era absolutamente innecesario, pues no podía obtener lo que ya le pertenecía por herencia. ¡Qué trágico, estar trabajando por algo que ya es nuestro!

La desdicha de una vida de pobreza, a pesar de ser herederos de las riquezas del rey, es la que motivó a Pablo a orar con pasión por la iglesia en Éfeso: «Mí oración es que los ojos de vuestro corazón sean iluminados, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos» (1.18–19). El hecho es que, si no son iluminados los ojos de nuestros corazones, viviremos una vida de derrota, excluidos de la victoria de Cristo, contemplando con desánimo el futuro, cuando en realidad cada día trae consigo la promesa de increíbles aventuras espirituales para aquellos que están dispuestos a seguir al Señor.

Cuando me detengo a escuchar mi corazón, sé que existe en mí un profundo anhelo por vivir esta clase de vida. No obstante, las tinieblas continuamente amenazan con nublar mi visión. Por esto, debo hacer mía una y otra vez la oración de Pablo, y le animo a que ore en la misma dirección. No permita que el enemigo lo convenza de que usted es un pobre desdichado. Declare que es hijo y, como tal, heredero de los tesoros del reino. Este es un derecho que Dios le ha dado a cada uno de sus hijos. Queda en nosotros ejercer cada día ese privilegio.

DIOS EN SANDALIAS	
DÍA	7

En el principio (*Jesús, Dios Eterno*) El Verbo se hace carne

Juan 1.1–14

El verso 14 describe la más grande empresa misionera de todos los tiempos. Lea el texto varias veces y pida al Espíritu que le permita percibir algo de las dimensiones que posee.

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». Al meditar sobre este versículo se apodera de mí una profunda sensación de ineptitud. El texto resume, en una sola frase, la más misteriosa transformación jamás vista en la historia del universo. El Verbo, que le dio existencia a la vida misma, se despoja de su eternidad para vestirse de la frágil y transitoria condición que implica ser humano; en efecto, *Dios en sandalias*.

Solamente cuando consideramos cuán renuentes somos a salir de nuestros pequeños mundos, a fin de mostrar siquiera un fugaz interés en la vida de otros, podemos comenzar a entender la enormidad de esta empresa misionera que sacudirá los mismos cimientos del universo. En efecto, «aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2.6–8). Su trayectoria es completamente contraria a las ambiciones de grandeza que tanto anhelamos nosotros. El Señor paulatinamente reducirá el espacio que ocupa hasta quedar «auto-limitado» en la figura de un humilde esclavo.

¿Qué es lo que motivó al Señor a imponer tan drástica limitación a su condición divina?: ¡una inexplicable pasión por asegurar una relación con nosotros! El Verbo que elige habitar en la carne emprende el camino de muerte que libraré al hombre de las consecuencias eternas de su propia rebeldía contra el Creador. Representa mucho más que la satisfacción de un requisito legal. Siendo rico, sin embargo, por amor a nosotros se hizo pobre, para que nosotros por medio de su pobreza llegáramos a ser ricos (2 Corintios 8.9). Su ejemplo muestra el único camino por el cual podrán ser aliviadas las aflicciones, los sufrimientos y las desdichas de aquellos que andan en tinieblas. La redención de una persona siempre implica la presencia de otra dispuesta a sacrificarse por ella. Quizás esta es la razón por la que la iglesia logra tan poco impacto en este tiempo. Todos queremos que otros sean salvos, siempre y cuando no signifique un sacrificio para nosotros.

La decisión de tomar forma de hombre encierra, también, un acto de asombrosa misericordia por parte de nuestro Creador. La fragilidad de nuestra condición humana no nos permite comprender ni aún soportar las más restringidas manifestaciones de lo alto. Al hacerse como uno de nosotros, logra cerrar la brecha que nos separa de él y consigue presentar la Vida en un formato que los hombres pueden fácilmente reconocer. Aún así, es tan profunda la atrofia espiritual que ha impuesto el pecado, que muchos no lograron percibir la presencia de Cristo entre ellos.

A pesar de esto, el paso de Jesús por la tierra nos ofrece el más nítido retrato del Dios que «extiende los cielos como una cortina y los despliega como una tienda para morar» (Isaías 40.22).